

Diablotexto *Digital*



**La guerra del otro: la guerra civil
desde Gibraltar**

***Someone else's war: the Spanish Civil war
from Gibraltar***

**JULIO PONCE ALBERCA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA**

jponce@us.es

<https://orcid.org/0000-0002-9715-7113>

**Fecha de recepción: 4 de septiembre de 2023
Fecha de aceptación: 26 de noviembre de 2023**

***Diablotexto Digital* 14 (diciembre 2023), 11-28
DOI: 10.7203/diablotexto.14.27302
ISSN: 2530-2337**



Resumen: Un observatorio muy interesante para contemplar la Guerra civil fue la colonia británica de Gibraltar. Este asunto ha sido escasamente estudiado pese a los numerosos testimonios de españoles y británicos que pasaron por la Roca en aquellas trágicas fechas. Se ha hablado con frecuencia de la solidaridad y simpatía de los países democráticos con el gobierno republicano español que, en el caso de Gibraltar, se tradujo en la ayuda y el apoyo recibido por los refugiados españoles de manos de las organizaciones sindicales británicas. Eso encierra una parte de la verdad porque, también, hubo otros sectores que depositaron su crédito en las fuerzas sublevadas. De todo ello hay pruebas tanto literarias como archivísticas.

Palabras clave: Gibraltar; España; guerra civil; refugiados

Abstract: Gibraltar was a remarkable outlook to contemplate the Spanish Civil war given its status as British colony. However, those perceptions have been scarcely studied despite the existence of testimonies and memories written by those who arrived to the Rock in those dramatic circumstances. Frequently, it has been emphasized the solidarity and support given to the Spanish government by the democratic countries and, in the case of Gibraltar, that kind of actions were carried out by the trade unions. That is undeniable, nevertheless it was also real that other sectors showed a generous backing of the Francoist cause. This article is based on literary sources and archive documents.

Key words: Gibraltar; Spanish Civil War; Refugees



El pasado habla desde sus huellas y los historiadores las recopilan, las valoran e interpretan. El producto resultante es una reconstrucción —siempre temporal y no definitiva— que se pone a disposición de la sociedad para mejor conocimiento de lo que ha sido y de lo que es. Lo que no debe hacer el historiador es fabricar el pasado en función de sus preferencias, seleccionando las evidencias que le cuadran y olvidando otras que refutan claramente sus hipótesis. Y, menos aún, intentar establecer una determinada y sesgada interpretación a modo de verdad inmutable. El pasado es un país extraño y fascinante que merece la pena recorrer para ser respetado con honestidad y rigor; lo que no podemos hacer de él es lo que nosotros queremos que sea. Esto puede resultar para algunos una perogrullada, algo que ni siquiera resultaría preciso reseñar por obvio. Pero la advertencia no es vacua cuando las censuras sobre el oficio del historiador han crecido notablemente en los últimos años. Cualquier excusa se utiliza —desde la elección del tema hasta el uso de fuentes— para desacreditar un trabajo si sus conclusiones no coinciden con la corriente hegemónica. Hacerse preguntas ante el relato canónico ha pasado a ser una actividad de cierto riesgo en un mundo de respuestas marcadas e incuestionables. Las nuevas clerecías determinan obediencias nuevas.

Antoon de Baets en su *Crimes Against History* (2019) ha reivindicado acertadamente a los que han sufrido por explorar territorios prohibidos. No son nuevas las sospechas que suscitan los anhelos de conocimiento en los poderes públicos que buscan imponer un relato único y políticamente acorde con sus intereses. Es cierto que no todos los regímenes castigan con el mismo rigor: en unos se aniquila físicamente a los autores y en otros se les condena al ostracismo fuera del *mainstream*. Y también es cierto que existen países donde sus gobiernos tienen el buen gusto de dejar el pasado en manos de los especialistas. Éstos, desafortunadamente, son los menos: suelen ser precisamente los que tienen planes de futuro sólidos -con sociedades civiles robustas- y pueden prescindir del manoseo intencional del pasado para conservar sus poltronas.

Aunque aún vivimos en una atmósfera de libertades bastante gratificante, comienza a ser inquietante contemplar cómo la historia es sutilmente forzada por



intereses políticos coyunturales. Los ejemplos son numerosos¹ pero en estas líneas tomaremos una muestra procedente de Gibraltar. Corría el año 2016 y se planteó la conveniencia de conmemorar la guerra civil española desde el enclave. Los propios organizadores visitaron a quien suscribe estas líneas por ser autor de una monografía sobre el tema del papel de Gibraltar en los años treinta (Ponce Alberca, 2009 y 2014). Conocían mi obra que demostraba la falsa neutralidad de las autoridades de la Roca durante la guerra civil al ser favorables, por diversos motivos, al bando sublevado. Pasó el tiempo y mi nombre se cayó del cartel sin explicación alguna. Las jornadas se celebraron con el apoyo del sindicato gibraltareño (Unite), con la de los sindicatos de izquierda españoles que fueron invitados (CCOO y UGT), con exclusiva presencia de historiadores británicos y, obviamente, con el apoyo del gobierno gibraltareño que quiso mostrar una imagen histórica del Peñón como baluarte antifranquista y democrático. En suma, se trataba de enfatizar que Gibraltar había sido solidario con los españoles de izquierda. ¿Qué interés podía tener recordar que tanto el gobierno colonial como el mundo empresarial gibraltareño de 1936 depositó sus simpatías en el bando franquista? ¿Por qué gastar dinero en hacer de aquellas jornadas un auténtico ejercicio de ciencia histórica cuando se podían disfrutar unos días de *memoria* confortable y lucrativa en términos de imagen? Afortunadamente, este tipo de prácticas estuvieron ausentes cuando poco después el profesor Andrew Canessa organizó en Gibraltar otras jornadas, esta vez sin intencionalidad política ni una presencia tan destacada del gobierno gibraltareño. Allí tuve la oportunidad de exponer libremente una panorámica de las relaciones entre Gibraltar y España durante el siglo XX (Ponce Alberca, 2018).

Es una ratificación más de las diferencias entre la historia concebida como investigación abierta o la historia como relato canónico “pertinente”. En el caso del asunto que ocupa estas páginas nada más cómodo que seguir un cómodo

¹ Una muestra fueron los ciclos de conferencias organizadas por un *Aula* en Sevilla que recuperaba la memoria en un cierto sentido y sesgo: <https://www.alcazarsevilla.org/wp-content/pdfs/APUNTES/apuntes7/2006actividades/actividades.html> [Fecha de consulta: 7 de junio de 2023].



guión basado en el generoso compromiso mundial con respecto a la república española, en la solidaridad de los extranjeros que lucharon durante la guerra española para defender la libertad y en la soledad internacional de Franco que solo fue apoyado por la Alemania nacional-socialista y la Italia fascista. Todo eso fueron hechos relativamente ciertos, pero dejan en las sombras muchas de las claves de lo ocurrido. Claves tan numerosas como relevantes sin las cuales no se comprende el curso de la guerra y los cuarenta años posteriores.

Gibraltar es un ángulo privilegiado para analizar la guerra de España. Sus características son únicas. La colonia era un pequeño territorio británico enclavado en la provincia de Cádiz que podía ver la guerra que se desarrollaba a tan solo unos centenares de metros. Un observatorio singular protegido por la soberanía británica, leyes democráticas en la metrópoli y un sistema colonial en la Roca cuya existencia descansaba en la presencia de una potente guarnición militar y una base naval. Un tendido privilegiado desde el cual contemplar la sangrienta corrida que tenía lugar unos centenares de metros más allá. ¿Qué “público” asistía al espectáculo?

Los refugiados españoles

Miles de personas buscaron refugio en Gibraltar, especialmente en las primeras semanas de máxima violencia. Como venía sucediendo desde el siglo XIX, españoles perseguidos encontraban bajo la bandera británica la seguridad que no hallaban bajo la propia. Pero lo que nunca se había visto era una avalancha de varios miles de refugiados en pocos días. En buena medida eran partidarios de la república pero no todos arrastraban un compromiso político, ni un ánimo antifascista; tan sólo les movía el miedo y la búsqueda de seguridad. Aquellos miles de españoles despertaron la solidaridad de muchos gibraltareños con sus vecinos, pero también alertó a las autoridades de un enclave militar.

Si prestamos mayor atención a las cifras, nos damos cuenta de que el problema no era tanto de número de refugiados como de limitación espacial del Peñón. Si tenemos en cuenta la población de cuatro de los municipios del Campo de Gibraltar (Algeciras, San Roque, Los Barrios y La Línea) vemos que el porcentaje de refugiados en el Peñón fue muy limitado con respecto a ese



conjunto demográfico. Entre los cuatro términos municipales agrupaban una población de más 74.000 habitantes de hecho en 1930 (que serían algo más de 88.000 en el censo de 1940)². Y son varias las reflexiones que suscitan estos datos. El primero es que la población del Campo de Gibraltar durante los años 30 -según las estadísticas oficiales- aumentó pese al impacto de las pérdidas de la guerra civil. Casi sobra decir que no estamos poniendo en duda el indudable trauma producido por la guerra; lo que señalamos es que no supuso en esta zona una merma demográfica. En segundo lugar, el número de refugiados en Gibraltar representó un porcentaje en torno al 7% de la población de la zona (tomando tan sólo los cuatro municipios indicados y el volumen estimado mínimo de 5.000 refugiados). Incluso afinando más los cálculos, no parece que los que entraron en el enclave superasen en todo caso el 10% de la población del Campo, obviamente excluyendo a aquellos que huyeron hacia otros destinos (Málaga, por ejemplo). Esto nos conduce a dos hipótesis compatibles: que muchos miles de personas no percibieran la guerra como una amenaza directa, permaneciendo en sus casas pese a la violencia desatada; y que Gibraltar cerró su frontera para evitar la llegada de más personas. De hecho, hay fotografías en las que se observa cómo familias enteras se congregaron en la verja mientras las fuerzas militares inglesas reforzaban el cierre con alambradas³.

Los refugiados supusieron un problema al que unos respondieron mediante acogimiento y ayudas, pero para otros lo prioritario era la seguridad de la base militar. De ahí que se cerrase la frontera a cal y canto, a la vez que los que habían conseguido entrar eran reenviados a la zona republicana o hacia puertos seguros como el de Tánger. Había que desembarazarse de esos miles de refugiados que encarnaban un problema demográfico y político en un Peñón que tenía una función esencialmente militar. Era preciso, además, normalizar las relaciones con los sublevados para reabrir la frontera a los trabajadores españoles que diariamente iban allí.

² Instituto Nacional de Estadística (INE). Web disponible en: <https://www.ine.es/inebaseweb/libros.do?tntp=71807#> [Fecha de consulta: 15 de junio de 2023].

³ Un ejemplo de fotografía, disponible en: <https://ignaciotrillo.wordpress.com/2020/09/08/43673/> [Fecha de consulta: 15 de junio de 2023].



Obviamente latía una desconfianza hacia los republicanos españoles a los que se les calificaba con toda normalidad de *rojos* (reds). Nunca había confiado Londres en la Segunda República española y, menos aún, en sus muestras de desplazamiento hacia la izquierda, especialmente tras la llegada del Frente Popular. Pocas similitudes tuvo el trato dispensado a los refugiados republicanos con el que se había ofrecido a las personas de derechas desde abril de 1931. Sabemos, por ejemplo, que tres meses después de haberse proclamado la Segunda República 131 familias habían recibido el permiso de residencia sin mayor contratiempo (Silva *et al.*, 2021: 11). Ahora, sin embargo, se trataba de miles de personas que huían de la guerra y muchos de ellos tenían una orientación política de izquierdas.

Pero, ¿cómo contemplaron la guerra desde Gibraltar los refugiados españoles? Es imposible saber qué pensaban todos y cada uno de los refugiados españoles en el Peñón, pero si exploramos algunos de los testimonios disponibles lo primero que llama la atención es que constituyeron un conjunto bastante heterogéneo. Podía suponerseles unidos por el infortunio, la angustia de la huida, el miedo a la violencia o, incluso, el compromiso ideológico. Pero los indicios apuntan a la existencia de diferencias internas notables. Hubo ejemplos de una valentía excepcional en aquellos que consideraron la entrada en Gibraltar como un tránsito para reintegrarse a la lucha en la zona republicana. Buena muestra de ello fue el caso de Anita Carrillo. Destacada militante comunista, consiguió entrar en el Peñón nada más comenzar la guerra, pero volvió el 21 de julio al ser informada de que su marido había sido fusilado. Se disfrazó de señora inglesa y volvió a cruzar la frontera para buscarlo. Por fortuna, se encontró con que estaba vivo y se ocultaron durante cerca de un mes hasta que el 20 de agosto volvieron a entrar en Gibraltar por mar. Su objetivo era claro: residir allí el tiempo justo para reintegrarse a la zona republicana. En septiembre el matrimonio ya estaba en Málaga enrolado en las milicias antifascistas. Anita Carrillo no estaba dispuesta a ponerse a salvo para huir de la guerra. “Eso no lo hacen unos comunistas”, le dijo a Margarita Nelken en una entrevista que le hizo en la revista gráfica *Estampa* (Almizas, 2020: 69-82).



Pero no todos tenían las mismas ganas de volver a una guerra. Algunos prefirieron vivir a la sombra del consulado de España en Gibraltar por las facilidades dadas gracias al cónsul accidental Ramón Peña Orellana, un republicano leal que colaboró eficazmente tanto en el alojamiento de los refugiados como en su posterior evacuación hacia puertos seguros (ALMISAS, 2020: 69). No obstante, cuando llegó el nuevo cónsul titular, Plácido Álvarez-Buylla, las relaciones con los representantes de los partidos del Frente Popular se fueron enturbiando. Hacia finales de 1936, el político republicano José Centeno González visitó el consulado y se encontró con todo un panorama:

Por los despachos del consulado vi merodeando algunos sevillanos que yo apenas conocía. Era gente joven que yo no había visto exponer ni jugarse nada cuando conspirábamos contra la dictadura, ni en las juntas revolucionarias, ni siquiera en las elecciones. No parecían en plan de ir a pegar tiros, a pesar de su juventud, pero sí seguramente en darlos por las espaldas, cobrando buenos sueldos del Estado⁴.

Por lo visto no todos tenían la coherente gallardía de una Anita Carrillo, de ser ciertas las palabras de Centeno. El cónsul, además, comenzó a desconfiar del autodenominado *Frente Popular Antifascista de Refugiados* en Gibraltar (FPAR). En mayo de 1937, recién caído el gobierno de Francisco Largo Caballero, Álvarez-Buylla se cansó de las reuniones que celebraban los líderes del FPAR en el consulado. Aquellas personas se consideraban “delegados” de los distintos partidos y sindicatos bajo la firme voluntad de conservar la condición de refugiados *sine die* pese a tener que sufrir en Gibraltar, al parecer, “un ambiente de franca hostilidad, acosados continuamente por la policía”. Lo cierto es que el FPAR tenía un carácter extraoficial “por las restricciones de la legislación local y por su carácter político” y el cónsul les manifestó su rechazo en términos notablemente nítidos: “aquí no manda nadie más que yo; aquí el cónsul soy yo y nadie manda más que yo, y voy a dar parte de ustedes ahora mismo. Estoy harto de vosotros y yo me meo [sic] en todos ustedes”⁵.

⁴ Disponible en el Archivo Histórico Nacional (AHN). Diversos. Fondo Diego Martínez Barrio, leg. 2, carp. 7.

⁵ AHN. Diversos. Fondo José Giral, 1, n.º 13.



No todos los refugiados españoles eran prorrepúblicanos. Sabemos del caso particular de un fiscal desafecto a la evolución de la república, que tampoco iba a ser aceptado fácilmente en la España franquista por haberse mantenido durante un tiempo al lado del gobierno de Madrid. Se trataba del fiscal Remigio Moreno González que llegó a ser juez de distrito y abogado-fiscal en el Tribunal Especial Popular de Málaga. Después de varias vicisitudes y contemplar lo que ocurría, decidió evacuar a su familia y él mismo se evadió en un buque para ser trasladado a un destructor que se dirigió a Gibraltar. Lo había perdido todo, incluida su carrera profesional que recuperaría después, pero en la Roca encontró su salvación: “Gibraltar, acogedor, cariñoso, simpático, me ofreció y me sigue dando su afecto y su hidalga hospitalidad. En él vivo con mis recuerdos y con mis esperanzas” (Moreno, 1938: 336).

El fiscal Moreno no fue un caso aislado. Hubo otros refugiados españoles procedentes de las zonas controladas por el gobierno de Madrid como, por ejemplo, Carlos Crooke Heredia quien fue evacuado a través de Gibraltar gracias a los buenos oficios del matrimonio Brenan-Woolsey. Eran los refugiados deseados: escasos y no izquierdistas. Nada que ver con el trato dispensado a los otros: en 1939, cuando la dotación del destructor republicano *José Luis Díez* fue internada en Gibraltar, los británicos no perdieron el tiempo a la hora de quitarse de encima este problema añadido, siendo evacuados con celeridad (Silva *et al.*, 2021: 47-82)

Los españoles republicanos resultaron tan incómodos que se les fue trasladando, aunque quedó un contingente en la Roca durante años. Ese número de refugiados siempre ha sido una estimación aproximada, pero gracias a un interesante documento conservado en el Archivo Intermedio Militar de Sevilla comenzamos a conocer algunos datos concretos. Para 1944, sabemos que quedaban aún en mayo de ese año 473 refugiados españoles, la mayor parte de ellos procedía de las localidades cercanas (sobre todo La Línea) y habían entrado en el Peñón en las primeras oleadas de 1936. Otra característica es que todos ellos eran hombres en edad laboral que fueron mano de obra en Gibraltar durante la Segunda Guerra Mundial. Las familias -mujeres y niños- fueron evacuados como el resto de la población civil del Peñón. Obviamente, fueron



útiles durante la guerra -trabajadores antifascistas- pero, acabada ésta, dejaron de ser imprescindibles y se convirtieron de nuevo en un incordio cuando en la posguerra se incrementó el miedo a la infiltración comunista y se necesitaban casas para realojar a la población gibraltareña. A partir de 1945 se redobló la presión sobre estos refugiados para que se marcharan. Se llegó incluso a negociar con el gobierno franquista el retorno a España y consiguieron que una tercera parte volviera, pero aún permanecerían en el Peñón cerca de 300⁶. A otros, especialmente los dirigentes más destacados de la izquierda, directamente se les expulsó (Jeffries, 2007: 119-120). Los comunistas se convirtieron en un problema durante la *guerra fría*. Nadie quería cargar con los perdedores de una guerra. Sólo una exigua minoría permanecería en Gibraltar para siempre.

La mirada de gibraltareños y británicos

¿Cómo contemplaron la guerra los gibraltareños desde el tendido? La respuesta inmediata es que los habitantes de la colonia se deshicieron en muestras de generosidad hacia los refugiados. Pero eso no es enteramente cierto. Lo primero es que hubo diversos tipos de gibraltareños y, de hecho, emergieron adeptos de uno y otro bando. Si acaso, el único denominador común que tuvieron fue la contemplación de la guerra desde la barrera, siempre bajo la protección de la bandera británica. Simpatías y apoyos solidarios no faltaron, pero cosa distinta era combatir personalmente en un país que no era el suyo bajo el riesgo de perder la vida. No era difícil encontrarse a ingleses, estadounidenses, franceses, suizos o alemanes enrolados en las Brigadas Internacionales, pero no parece que hubiera un entusiasmo similar entre los gibraltareños (lo cual no excluye excepciones). Más fácil lo tuvieron los gibraltareños profranquistas para cruzar la frontera y agarrar las armas, pero tampoco lo hicieron. Colaboraron, hicieron

⁶ Disponible en el Archivo Intermedio Militar Sur (AIMS), leg. 952 (luego la signatura pasó a legajo 948), carp. 1.



negocios y contribuyeron a la victoria nacional pero siempre conservado su asiento en el tendido⁷.

Grosso modo el mundo empresarial se alineó con los sublevados, mientras que los sindicatos apoyaron la causa republicana. Es bien conocido que las compañías suministradoras se negaron a proporcionar combustible a la flota republicana en los primeros de la guerra, mientras comerciantes como Imossi o Gaggero ayudaron notablemente a los alzados. Éste último reconoció en una carta que fue "...motivo de gran satisfacción el haber podido de esta manera ayudar indirectamente a la Causa Nacional Española" (Ponce Alberca, 2009: 166). Por su parte, el líder sindical gibraltareño Augustine Huart se reunía con los representantes de los refugiados republicanos para prestarles asistencia y apoyarles en todo lo posible. Además, en octubre de 1936 denunció ante el político laborista Ernest Bevin las conjuras antirrepublicanas favorecidas desde la colonia, la falta de neutralidad de las compañías cuando daban víveres y combustible al bando franquista, y la actitud del gobernador haciendo la vista gorda para unos y tirando de ley para otros (Jeffries, 2007: 110-111). Desde luego, no debía de andar muy desencaminado Huart cuando el gobernador le prohibió participar en un mitin republicano en Valencia. El sindicalista se quejó, pero Gibraltar era esencialmente una fortaleza militar en la cual los civiles debían someterse a los dictados de la autoridad en última instancia⁸.

La guerra civil también atrajo a otros refugiados británicos -e incluso de otros países- hacia Gibraltar. Procedían de las dos zonas en conflicto pero, a diferencia de los españoles, los británicos que venían del área controlada por la república eran bastante más numerosos que los que eran trasladados desde territorio sublevado. Uno de tantos ejemplos de los primeros fue el de la pareja formada por el hispanista Gerald Brenan y la escritora Gamel Woolsey. El británico y la estadounidense decidieron abandonar Churriana (Málaga) a las

⁷ Una panorámica general de estas actitudes ha sido descrita por Tito Benady en una conferencia en la Casa de la Memoria La Saucedá. Disponible en <https://www.casamemorialasauceda.es/2021/07/20/la-guerra-vista-desde-gibraltar-por-tito-benady/> [Fecha de consulta: 15 de septiembre de 2023].

⁸ THE NATIONAL ARCHIVES. CO 91/501/5, *Request by Mr Huart to address a public meeting following his visit to Spain: letter from Mr Creech Jones concerning restrictions on freedom of speech in Gibraltar.*



pocas semanas de comenzar la guerra. Ella redactó su *Death's Other Kingdom*, publicado en Gran Bretaña en 1939 y que, tras varias vicisitudes, no se tradujo en español hasta finales del siglo XX (Woolsey, 1998).

Era una gran admiradora de España y del modo de vida rural de sus habitantes. Sus imágenes no estaban exentas de un cierto toque de idealización de lo español y de su aparente exotismo, aparte una indisimulada condescendencia con respecto a los nativos, pero desde luego sus observaciones sobre la guerra civil eran sosegadas y no se dejaban arrastrar por la propaganda de uno y otro bando. Con respecto a los británicos, describió con precisión sus percepciones en la Málaga de la guerra civil de la que deseaban ser evacuados:

Para la mayoría de ellos, la guerra civil no era más que un motivo de enojo, una brusca interrupción de sus vacaciones justo en el apogeo de la temporada. No vi en ninguno de ellos ni rastro de una remota conciencia de que estaba ocurriendo algo de importancia trascendental para los españoles y probablemente para el mundo entero. Para la mayoría, la guerra no parecía afectar a nada más que a sus pequeños mundos... (Woolsey, 1998: 74).

Aquellos eran los mismos británicos que se quejaban de retrasos en su evacuación, llamando “comunistas” a los que ponían el más mínimo obstáculo a sus deseos. Se alimentaba así una visión antirrepublicana que llegaba hasta las propias dotaciones de los destructores dedicados al transporte de los súbditos británicos y se amplificaba en la Roca. A partir de ahí, la imaginación tenía alas libres para flotar en el aire de la exageración como las historias de monjas desnudas masivamente violadas por milicianos (Woolsey, 1998: 72, 80 y 135). Una auténtica “pornografía de la violencia” —definida así por Gamel— que, sin embargo, no podía ser coartada para ocultar o silenciar atrocidades como, por ejemplo, el asesinato -por tanto, sin juicio previo- de un chico de 18 años por el solo hecho de pertenecer a la familia Larios y ser sobrino de Carlos Crooke (Woolsey, 1998: 106).

Por fin, el matrimonio Brenan-Woolsey consiguió llegar a Gibraltar, comprobando la cantidad de refugiados “de todas las clases y de todos los



partidos” que había allí. Pero la imagen que impresionó sus retinas fue de lo más decepcionante. Sus palabras hablan por sí solas:

... todo Gibraltar, en su conjunto, causaba una impresión de lo más desagradable durante la guerra civil. Los infelices refugiados vivían atenazados por el miedo y el odio, y de vez en cuando se producían enfrentamientos entre ellos; su estado de angustia y agitación conseguía que todo el mundo se sintiera intranquilo e inseguro. La mayoría de los civiles y de los oficiales del Ejército y la Marina británicos que nos encontrábamos decían las más inconcebibles insensateces acerca de los “rojos” y los “comunistas” y contaban un montón de historias descabelladas sobre las atrocidades.

Sin embargo, a ninguno de ellos le preocupaba lo más mínimo el sufrimiento real que estaban padeciendo los españoles de todas las clases; este era un asunto que les traía totalmente sin cuidado. Por otro lado, era bastante lógico: lo que a ellos les interesaba realmente era la equitación, el tenis, la natación y el bridge. ¿Qué demonios tenían ellos que ver con el pueblo español y sus pesares? (Woolsey, 1998: 197).

Y añadía más, con evidente ironía:

En otro orden de cosas, nos divirtió comprobar que lo único que de verdad les hacía ver a los gibraltareños que, después de todo, la guerra española podía tener consecuencias importantes, fue la posibilidad de que, si continuaba la contienda, ese invierno los sabuesos de Calpe [se refería a la Royal Calpe Hunt] no pudieran cazar en la costa de enfrente. Pero sin duda el general Franco, un perfecto *caballero*, como nos decían muy seriamente, se las compondría para arreglarlo de algún modo. Supongo que se referían a que mantendría la guerra alejada de Algeciras para evitarles molestias innecesarias (Woolsey, 1998: 201).

Lo que más le irritó de aquellos gibraltareños no fueron sus visiones sesgadas, ni siquiera su impasibilidad, porque “... es bastante corriente mostrar indiferencia ante las desgracias de los demás”. Lo que le molestaba de veras era la mezcla de “su pura indiferencia e ignorancia con los prejuicios más virulentos y una abierta delectación en los relatos sobre crímenes y atrocidades” (Woolsey, 1998: 198). En este punto viene a coincidir con el aristócrata escocés Peter Chalmers-Mitchell -un simpatizante de la causa republicana-cuando describió tanto las exageraciones de los británicos refugiados vía Gibraltar como las advertencias que le hicieron en el Peñón para tomar medidas de precaución pues había muchos simpatizantes franquistas (Chalmers-Mitchell, 2010: 172-179 y 336-338).



La mirada de las autoridades británicas del enclave

Tras todo lo expuesto no debe resultar difícil imaginar cuáles fueron las percepciones de las autoridades y altos funcionarios británicos. Hombres partidarios del orden, disciplinados y fieles a su rey, no podían concebir el estado de cosas de la zona republicana. Nadie ejemplificó esta actitud como los gobernadores del enclave. Dos fueron los gobernadores de Gibraltar durante los años de la guerra civil. El primero de ellos fue el general Charles Harington (1933-1938) y el segundo fue el también general Edmund Ironside (1938-1939). Es importante tener en cuenta que el conjunto de autoridades políticas y militares eran casi siempre aves de paso en Gibraltar: desempeñaban un tiempo su cargo para proseguir su carrera, a ser posible en la metrópoli. Podía o no gustarles su destino, pero era difícil que alcanzaran una estrecha identificación con la población civil. La jerarquía entre ingleses y gibraltareños era sólida y bastaba cualquier excusa para recalcarlo. De lo que sí eran conscientes era del enorme valor de Gibraltar en la medida en que servía a los intereses geoestratégicos del imperio británico. Para los gibraltareños, en cambio, su Peñón era la tierra con la que se identificaban. No eran aves de paso. Habían nacido allí.

Ambos gobernadores dejaron sendos testimonios de su paso por la colonia, especialmente el primero de ellos. Harington escribió sus memorias justo al final de sus días bajo el título de *Tim Harington Looks Back* (1940). El segundo redactó unas memorias que se conservan en su archivo personal (depositado en el Imperial War Museum de Londres) y que vieron la luz en forma de edición a cargo de Roderick Macleod y Denis Kelly (1962). De estas memorias pueden extraerse dos percepciones importantes. Por una parte, la de su valoración de Gibraltar como colonia; por otra la de su visión de la guerra civil. Y las dos se encuentran relacionadas de algún modo. Veámoslo a continuación.

El general Harington dedicó todo un capítulo a su estancia en Gibraltar, tras una dilatada carrera militar. Llegó en 1933 y recordaba claramente la atmósfera colonial del enclave. Después de ser cumplimentado por las autoridades militares y coloniales, tomó posesión y recibió muestras de lealtad de todas las comunidades que allí habitaban. La situación era tranquila. Gibraltar recibía mano de obra y suministros de la vecina España, además de la libertad



de salir por la frontera. Eso era lo que importaba: el mantenimiento de la fortaleza y de la base naval gracias a la cooperación vecina. En esas circunstancias, los problemas eran menores: su primera dedicación consistió en el restablecimiento de relaciones con el marqués de Marzales para que prosiguieran las actividades cinegéticas del Royal Calpe Hunt (Harington, 1940: 184). Garantizada la situación, el gobernador se dedicó a viajar y pasar su mandato de forma bastante agradable.

Sin embargo, el 18 de julio lo cambió todo: "...the unfortunate Spanish Civil War began". Nada dice en sus memorias acerca de las causas de una guerra entre la *Nationalist Spain* y la *Government Spain*, pero sí se ocupó del problema de los refugiados dejando bien claro que "they could not remain in Gibraltar" (Harington, 1940: 190). La guerra civil, desde luego, no era de su incumbencia salvo en lo tocante a la estabilidad del Peñón y la función que desempeñaba para el imperio británico. Nada habla en su libro de matanzas ni de represiones; la sangre era algo imperceptible desde su óptica. Y esa óptica la dejó meridianamente clara ante el público británico destinatario de sus memorias:

People in this country have never realized our position in Gibraltar. They have never understood how dependant we are on Spain, and how vital it is for us to be Friends with our neighbours in Spain whatever their politics. We were not concerned with their troubles, or with Whites, or Reds, or whatever they might be (Harington, 1940: 193).

Es, sin duda, una visión de la guerra civil muy distinta a la de los españoles y a la de los extranjeros que se involucraron en la misma. Con lo que se identificaba el gobernador era con los intereses británicos y el conflicto español debía ser observado y tratado desde ese prisma. Era pues una memoria periférica, una percepción desde el exterior de España y producto de un ajuste de intereses. Eso sí: tenía sus preferencias claras en favor de los sublevados:

The difficulties over passes were never ending. All sorts of fines were imposed on those who worked in Gibraltar. The military and civil authorities at La Línea were always at loggerheads, and our negotiations with them become more difficult. At the same time I am quite prepared to state that the country administered by General Franco was much better administered than it had been before the war (Harington, 1940: 194).



Y, por si quedaba alguna duda, añadió:

I was never privileged to meet General Franco, but I had many dealings with him, and I shall always be grateful to him for numerous matters in connection with Gibraltar, and especially for his consideration regarding the Royal Calpe Hunt. Naturally the first Winter of the war, and before Malaga fell, we did not ask for permission to hunt in Spain but in both my last seasons General Franco was good enough to grant permission, and this will ever be gratefully remembered in Gibraltar. It may be asked why I should stress the question of hunting so much. It is for this reason: Gibraltar itself is a very confined place. (...) it is, therefore, good for people to get right off the Rock and away into Spain. Polo, golf, bathing and other amusements take place in Spain, but the Royal Calpe Hunt, dating from the days of Wellington, has afforded sport to almost the whole garrison and has been much appreciated by all (Harington, 1940: 194).

Eso era justo lo que denunciaba Gamel Woolsey. España no era otra cosa, desde Gibraltar, que un lugar de esparcimiento, suministrador de productos frescos y mano de obra. Sobre todo, era fundamental que no supusiera una amenaza para las instalaciones militares y navales del Peñón. Ni siquiera las piezas de artillería montadas por Franco en torno a la bahía de Algeciras suponían un problema (191 y 207) pues según él estaban dirigidas a prevenir los ataques de la flota republicana. Eso sí: era consciente de los avances proporcionados por las nuevas armas (artillería, aviación) que hacían más vulnerable al enclave. Y se atrevió a consignar en sus memorias dos posibles soluciones que decían mucho sobre su percepción de España y los españoles. Una de ellas era tomar todo el entorno del Campo de Gibraltar “by purchase or agreement” porque “Algeciras, San Roque, Campamento, La Línea were all more British than Spanish”. Según él, los españoles no pondrían objeciones: “I think the inhabitants would have welcomed it, certainly the farmers and supporters of the Hunt would have, and British wages would have been very acceptable”. La segunda solución era hacerse con Ceuta también (no un canje) y mantener las dos orillas del Estrecho disponiendo, además, de más espacio para construir una pista de aterrizaje (Harington, 1940: 208). Todo parecía posible para un inglés que tenía un concepto de los españoles notablemente bajo, con la excepción - claro está- del general Franco y de algunos aristócratas españoles (Larios, Marzales, etc). Tampoco tenía mejor imagen de los gibraltareños a los cuales



aceptaba en cuanto súbditos dóciles de Su Majestad. En todo caso, podrían ser británicos pero no ingleses.

Similares ideas compartió su sucesor, Edmund Ironside. Al fin y al cabo eran compañeros de armas y amigos. Su misión era muy clara: reforzar las defensas y la capacidad ofensiva del Peñón, incluida la construcción de la pista sobre el istmo. Harington ya había empezado a trabajar sobre ello, pero con Ironside -tras la crisis de Munich (1938)- todo se aceleró (Harington, 1940: 206). Por lo que sabemos según sus memorias editadas, Ironside no le concedió la más mínima importancia a la guerra civil española que ya se encontraba en fase terminal y bajo la más que previsible victoria de Franco. Lo que le preocupaba desde hacía años eran los recortes británicos en defensa. Una política suicida habida cuenta de las responsabilidades que conllevaba el sostenimiento del imperio británico (Ironside, 1962: capítulo IV). Ironside aceptó al cargo de gobernador aparejado a ser una especie de comandante en jefe en el Mediterráneo por invitación del secretario de Estado para la Guerra, Leslie Hore-Belisha (Ironside, 1962: 52). Creía que el Mediterráneo era una pieza esencial en el sistema defensivo imperial y, desde luego, Franco no iba a representar un peligro, a diferencia de lo que pensaba el propio Hore-Belisha para sorpresa de Ironside. De hecho, éste le preguntó "... whether he had been told that by his military advisers, but he did not answer" (Ironside, 1962: 53).

No sería hasta el mes de noviembre cuando Ironside llegó a Gibraltar. Unas semanas antes se entrevistó con John Vereker, vizconde de Gort, por entonces jefe de Estado Mayor (Chief of the Imperial General Staff). Según sus memorias, tampoco hablaron de España al ser un tema insignificante al lado de la defensa del imperio. Para Ironside, Gibraltar era simplemente un destino dorado, pero no un lugar decisivo para una toma de decisiones en tiempos de una hipotética guerra contra Alemania cada vez más real. La relevancia del Peñón se resumía en servir los intereses del ejército británico. Su interlocutor fue aún más descarnado:

Gort said to me that Gibraltar was only a "garage" as far as I was concerned and it didn't matter in the least whether I went there or not. I smiled to think what the Gibraltarians would say to this if they knew (Ironside, 1962: 69).



Desde luego, Ironside no discutió con Gort sobre la dignidad de Gibraltar porque su mirada estaba puesta en horizontes más amplios y, de hecho, poco después de su vuelta se convirtió en jefe del Estado Mayor Imperial (septiembre 1939). En sus memorias nada significativo se decía de la conclusión de la guerra civil española ni de sus consecuencias. Para la mentalidad de Ironside y de tantos otros jefes militares ingleses, la victoria de Franco no iba a suponer un grave problema para los intereses británicos. ¿A quién le importaba España mientras fuese lo suficientemente sumisa? Y, desde luego, no se equivocaron: en cuarenta años Franco no desarrolló una ofensiva real contra el enclave que fuese más allá de lo retórico o del cierre fronterizo.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMISAS ALBÉNDIZ, Manuel (2020). *Capitana Anita Carrillo, ejemplo de mujer republicana*. El Puerto de Santa María: Ediciones Suroeste.
- DE BAETS, Antoon (2019). *Crimes Against History*. London-New York: Routledge.
- CHALMERS-MITCHELL, Peter (2019). *Mi casa de Málaga. Memorias de un aristócrata escocés en la España republicana*. Sevilla: Renacimiento-Centro de Estudios Andaluces.
- HARINGTON, Charles (1940). *Tim Harington Looks Back*. London: John Murray.
- IRONSIDE, Edmund (1962). *Time Unguarded: the Ironside Diaries 1937-1940*. Ed. Roderick Macleod and Denis Kelly. New York: David McKay Company.
- JEFFRIES, Jonathan (2007). “Los refugiados republicanos entre la espada y la pared, franquismo, el Imperio británico y solidaridad obrera en Gibraltar”, *Cuadernos Republicanos*, n.º 63, pp. 107-121.
- MORENO GONZÁLEZ, Remigio (1938). *Yo acuso... (Ciento treinta y tres días al servicio del Gobierno de Madrid)*. Tánger: Imprenta F. Erola.
- PONCE ALBERCA, Julio (2014). *Gibraltar and the Spanish Civil War, 1936-39 Local, National and International Perspectives*. London: Bloomsbury.
- PONCE ALBERCA, Julio (2018). “Gibraltar, Spain, and the Western Mediterranean during the Twentieth Century”. En Andrew Canessa (ed.). *Barrier and Bridge. Spanish and Gibraltarian Perspectives on Their Border*, Brighton / Portland / Toronto: Sussex Academic Press / Canada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies-LSE, pp. 75-101.
- SILVA, Francis *et al.* (2021). *Red Ship and Red Tape. The José Luis Díez and Gibraltar*. Ubrique: Editorial Tréveris.
- STOCKEY, Gareth (2018). “Repression, Rivalry and Racketeering in the Creation of Franco’s Spain: The Curious Case of Emilio Griffiths”, *European History Quarterly*, n.º 48, pp. 34-60.
- WOOLSEY, Gamel (1998). *Málaga en llamas*. Madrid: Temas de Hoy.